

# LUCHA Y MILITANCIA DE MARTA, MARÍA DE NAZARETH Y TANTAS MUJERES

Anna María Rizzante. Bibliista popular brasileña

*“Marta no buscó espacios de protagonismo o figuración. No tuvo vocación de heroína ni de mártir. Sí, quiso ser esposa, madre, trabajadora docente, catequista, militante vecinal y política”.*

## Marta, María e Isabel

Estas palabras del prólogo del libro: *Marta la lucha, la tiza, el sueño*, me hicieron pensar. Realmente, nosotras, las mujeres, no pensamos en ser heroínas. Nuestros sueños y deseos son con una vida simple, normal, dedicada a nuestra familia, al trabajo, a los vecinos, a la comunidad: una vida normal.

Pensando en la vida y la historia de Marta, recordé a otra chica, que vivió en Galilea, hace más de dos mil años y que también tenía sueños y planes para su vida: María de Nazareth. Otra época, otra tierra, una situación difícil para las mujeres, oprimidas y explotadas por el imperio romano, que las redujo a reproductoras de vidas y brazos para el ejército y el mercado; consideradas impuras y pecadoras por el templo, por eso excluidas y pagando, para purificarse. Para la casa y la familia eran siervas, dedicadas al marido y a su hogar. Marido escogido por su padre y hermanos, tal era la sumisión. Mujeres sin autonomía, sin derechos, sin voluntad. María era novia, prometida a José, pero aún no vivían juntos. En su casa, María recibe la visita y el anuncio del ángel del Señor: será la madre del Salvador. María tiene miedo y no entiende: ¡ningún hombre puede hacer eso! ¿Cómo puede suceder? ¡El Espíritu Santo hará eso! Para Dios nada es imposible y Él hace su obra en aquellas

que eran excluidas, como Isabel, su parienta anciana y estéril que ahora está embarazada. María no eligió, no buscó lo que el ángel le anunció, pero acogió, aunque no lo comprenda ni lo sepa todo, se coloca a su disposición: “¡He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra”(Lc 1,26 y ss).

Y luego, rápidamente, María parte y va al encuentro de Isabel. Deja Nazareth en el norte y se va hasta Judea en el sur, un viaje no fácil, para una mujer joven, sola y recientemente embarazada. Pero lo que le importa a María es ser solidaria con Isabel en su embarazo y parto. Aceptar el plan de Dios en su vida, ser Sierva de un proyecto que aún no entiende la lleva, de inmediato, a mirar a su alrededor a quién la necesita y ponerse a su servicio.

Me gusta pensar en Marta con esa generosidad que la hace mirar más allá de su pequeña y joven familia: ser catequista, maestra, pensar en actividades para sus alumnos, animar las luchas por la vivienda y el transporte en Villa Libertador la llevó a la acción, como algo normal en su vida. Marta vivía.

María llega a la casa de Zacarías, el sacerdote que unos meses antes, mientras ofrecía incienso en el templo, no pudo entender ni aceptar el anuncio del ángel ¡y por eso quedó mudo! Zacarías, que significa “Memoria de Yavé”, no comprende, porque olvida su me-

moria y por eso no puede decir nada más. ¡El evangelista Lucas es bastante irónico con el relato de estos dos anuncios! La "memoria de Yavé" se ha quedado sin memoria, por eso no consigue aceptarla. ¡Y entonces será mejor que guarde silencio!

¡Mudo, en su casa, va a ver y oír la alegría y el saludo de la joven María y de la anciana Isabel! Dos mujeres a las que el templo consideraba impuras, que no podían estudiar la ley y la escritura, que debían permanecer calladas al servicio del hombre en su casa, ahora son protagonistas. María, reconocida por Isabel como la madre del Salvador, canta y alaba a Yavé, como lo hicieron otras mujeres antes que ella, muchos siglos antes, la noche en que el pueblo atravesó el mar, donde ahogaron al Faraón y su ejército. Esa noche del pasaje, Miriam, la hermana de Moisés, dirigió la celebración de las mujeres, quienes cantaron y bailaron alabando al Señor, antes de que el pueblo comenzara a marchar por el desierto. (Ex 15.20)

No está claro cuál es el parentesco de sangre que existe entre María e Isabel, ya que son de diferentes tribus. Ellas pertenecen a la misma familia que todas las excluidas y oprimidas y, por eso, miradas y escogidas por Dios.

¡Cómo nos recuerda eso a Marta y su elección por los niños, los jóvenes, las familias de su barrio! Nuevas relaciones, más amplias que las carnales o de sangre.

El canto de María en la casa de Zacarías es la síntesis teológica de la historia y la acción de Dios en la historia. (Lc 1,47ss)

María no olvidó la historia, porque la vio pasar en ella, con ella y con su parienta Isabel.

Dios miró la humillación de su esclava: desde la esclavitud de Egipto Dios es aquel que ve, oye, conoce los gritos, los sufrimientos, la opresión del pueblo. María conoce y sufre las opre-

siones y humillaciones de las jóvenes y mujeres de su tiempo, ¡sabe que, por eso, atrae la mirada y la acción de Dios! Por eso, será alabada por todas las generaciones. El Poderoso hace maravillas, en ella y a través de ella.

El es Santo: su misericordia se extiende de una generación a otra para quienes le temen, le reconocen y le sirven. Misericordia que se manifiesta por la fuerza de su brazo que dispersa orgullosos y opresores en sus pensamientos. Misericordia que derriba poderosos de sus tronos, para elevar y dejar lugar a los humillados. Misericordia que llena de bienes a los hambrientos y despide a los ricos sin nada. La misericordia de Dios (tener el corazón del lado de los miserables) se manifiesta de la siguiente manera: haciendo distinción, separando e invirtiendo el orden al que estamos acostumbrados.

Dios no distribuye: despide a los ricos sin nada y colma de bienes a los hambrientos. Derriba unos para elevar a otros.

María asume la dimensión del pueblo entero, ella una mujer, asume la dimensión de Israel, siervo escogido por Dios, que es Fiel a su misericordia, prometida a sus padres, desde Abraham a toda su descendencia, para siempre.

Toda la historia está abrazada aquí por la misericordia de un Dios poderoso, fiel y santo, que no cambia.

En la casa del sacerdote Zacarías quien conoce, recuerda y canta este recuerdo de misericordia es María; es la mujer.

El desmemoriado sacerdote vuelve a ser Zacarías, la memoria de Yavé. Mudo, escuchó y recordó: lo que las piedras del templo, los códigos de las leyes, el humo de los sacrificios y el incienso habían escondido hasta hacerle olvidar. Ahora despierta en la memoria y en el corazón del anciano sacerdote, por las palabras de María y la alegría fecunda de Isabel.

### Humildad no es humillación

Nuestras biblias traducen la palabra humillación con humildad y así un canto de valentía, rebeldía y orgullo se transforma en sentimiento y actitud de humildad y se convierte en un modelo para las mujeres que debemos ser quietas, sumisas, calladas, al servicio de los hombres y sus proyectos de dominación.

No hay nada de humilde en María, en este relato: ella es humilde y sierva, solamente delante Dios, al servicio de él y de su proyecto de libertad, en la huella de siervos y siervas que, en la historia, ponen su vida al servicio de Dios, para que se revele su misericordia.

Su canto y actitud son de valentía. De pie en la casa del sacerdote proclama quién es Dios a quién ella sirve y cómo él actúa en la historia. ¡Y eso de generación en generación!

Me gusta pensar que María amamantó a Jesús con su leche, mientras alimentaba su fe y su memoria, para que él también se convirtiera en el siervo elegido, hasta que fue clavado en la cruz.

María de Nazareth: su sí al ángel y su canto de alabanza nos muestran que, justamente las mujeres, las más oprimidas, humilladas, excluidas consiguieron guardar en su corazón la memoria de las mujeres, sus vidas y sus acciones que las crónicas de los palacios y los códigos y preceptos del templo no consiguieron sofocar. Tienen aguas que no corren por la superficie, ni aparecen. Corren por debajo de la tierra, entre las rocas, pero cuando suben a la superficie, las aguas son más cristalinas, frescas y vigorizantes. La memoria guardada por las mujeres es así: excluidas de la vida, de las celebraciones, de la docencia, de todo... tuvieron la libertad de alimentar, en ellas y entre ellas, otra memoria que no es la oficial. Recordamos algunas, entre muchas.

### Judith, la mujer que subvirtió el orden

Judith era una mujer viuda sin hijos y sin esperanza de tenerlos; el grado más bajo de la humillación. No valía nada, sin hombres en la casa para darle un nombre y un futuro. Betulia, la ciudad en la que vive, está cercada por el ejército de Holofernes. Sin más comida y agua, los ancianos y notables se dirigen a la casa de Judith, "conocida por su piedad" y "temerosa de Dios", implorándole que ore para que Dios mande lluvia y llene las cisternas, dándole unos días más de supervivencia, antes de rendirse.

Extraño. Unos hombres notables buscando a una mujer y viuda. Aún más sorprendente es la actitud de Judith y sus palabras: "Escuchadme. Voy a hacer algo que se transmitirá de generación en generación entre los hijos de nuestra raza. ...visitará el Señor a Israel por mi mano... No intentéis averiguar lo que quiero hacer, pues no lo diré hasta no haberlo cumplido." (Jd 8,32ss)

¡Cuánta autonomía, valentía, seguridad en esta mujer de pie frente a los jefes de la ciudad!. Ella sabe que será instrumento de la acción y visita del Señor en medio del pueblo. Visita que siempre fue una decisión, una elección, a favor de unos, en contra de otros. Judith sabe que será así. ¡Los hombres no! ¡Ellos imploran por milagros!

Judith sube a la terraza, en la tienda que había hecho. Y allí, vestida de sayal y con cenizas sobre la cabeza, se postura en el suelo y clama al Señor en alta voz. Era la hora que en el templo, en Jerusalén, se ofrecía el sacrificio de incienso. En la casa de Judith se prepara otro sacrificio: la propia vida de Judith. Ella no pide un poco de lluvia, conforme la vieja costumbre. Busca en la historia del pueblo la memoria para inspirar su acción. Quien inspira a Judith no es ningún patriarca y sus gestos grandiosos. No es Abraham, Isaac o

Jacob, ni Moisés, el libertador, sino la memoria de Dina, única hija mujer de Jacob, quien tenía su cuerpo profanado, deshonrado, violado. Dios había dicho: "eso no se hace y ellos lo hicieron". (Jd 9,2ss)

En el cuerpo de Dina, Judith ve su cuerpo y los cuerpos de todas las mujeres profanados por leyes de impurezas. Cuerpos humillados y sometidos a los placeres y exigencias de los hombres y sus proyectos de poder y dominación. Cuántas violaciones, estupro, torturas en los cuerpos de las mujeres, por ser mujeres... un horror sin fin. Necesita hacer algo y Judith le pide fuerzas para realizar lo que planea: "Da a mi mano de viuda fuerza para lo que he proyectado. Hierre al esclavo con el jefe, y al jefe con su siervo, por la astucia de mis labios. Abate su soberbia por mano de mujer." "Eres el Dios de los humildes, el defensor de los pequeños, apoyo de los débiles, refugio de los desvalidos, salvador de los desesperados"(Jd 9,11).

Este es el Dios de Judith, y a él le entrega su vida. Dios está con quienes no tienen fuerza ni esperanza, con los humillados y débiles. Para salvarlos. Por ellos, Judith arriesgará su vida. ¡Su oración no pide salvarse, sino tener fuerza y victoria!

La acción de Judith tendrá éxito y ella logrará cortarle la cabeza al general Holofernes y sacarla del campamento. De esta forma el ejército se desbanda y huye, el cerco termina y el pueblo de Betulia se salva.

Incluso el Sumo Sacerdote Joaquín fue a su encuentro para ver las cosas buenas que Dios había hecho, para ver y saludar a Judith, con palabras que nunca se le dijeron a una mujer: tú eres la alegría de Jerusalén, la gloria de Israel, el orgullo de nuestra raza. Bendita junto a Dios, por los siglos de los siglos. Y el pueblo respondió: ¡Amén! ¡Amén! (Jd 15,8ss)

¡El sumo sacerdote debe bendecir a

una mujer! ¡El orden fue subvertido!

Ahora es Judith quien, como Miriam, va al frente del cortejo de mujeres y del pueblo, rumbo a Jerusalén ¡y su canto es un canto de victoria! Canto de alabanza y alegría a Dios que una vez más hizo una distinción entre opresores y oprimidos:

"Habla de incendiar mis tierras, de pasar mis jóvenes a espada, de estrellar contra el suelo a los lactantes, de entregar como botín a mis niños y de dar como presa a mi doncellas. El Señor Omnipotente por mano de mujer los anuló... le subyugó Judith, hija de Merarí, con sólo la hermosura de su rostro... La sandalia de ella le robó los ojos, su belleza cautivó el alma ¡y la cimitarra atravesó su cuello!" (Jd 16,1ss).

Tierras, jóvenes, bebés, niños, niñas: estas personas son el motivo de la lucha de Judith. ¡No iba a defender palacios, templos, jefes, sacerdotes! Su militancia es para defender a quienes no tenían defensa, a los más frágiles y pequeños.

Y lo hizo a su manera de mujer: ¡su mano de mujer, la belleza de su rostro, la seducción de la sandalia y la espada para cortarle el cuello! Seducción, belleza y fuerza, al servicio de Yavé y de la vida del pueblo, ¡contra el proyecto de opresión y muerte!

¡Judith y el pueblo permanecieron tres meses frente al templo haciendo fiesta! ¡Tres meses! ¡Muchos días de fiesta, porque cuando no hay acumulación, ni opresión ni exclusión, sobra tiempo y bienes para mucha fiesta! Las mujeres menstruarán en estos 90 días ¡pero incluso eso ya no importa más! Los cuerpos de las mujeres no son impuros, son vida y liberación para los más frágiles. No pueden ser violados, ni por la ley ni por la violencia masculina.

Entonces, todos volvieron a su heredad, Judith le dio la libertad a su sierva y se quedó en su casa, no tomó marido,

aunque tenía muchos pretendientes... qué grandeza en esta mujer que no necesita de un varón para tener un lugar, un valor, una protección. ¡Y la paz reinó en la tierra! (Jd 16,18ss)

### Mujeres protagonistas de la vida y la libertad

Antes de Judith, otras mujeres fueron protagonistas y pusieron sus vidas y acciones al servicio de la vida y la libertad. Recordamos:

Miriam, quien salvó a Moisés y lo acompañó en la travesía por el desierto.

Débora, una jueza de Israel, que en el momento de la pelea contra Sísara decide: "¡Iré contigo!" (Jue 4,9) y será recordada como la madre de Israel.

Ruth la moabita, que decide quedarse con su suegra: "...porque donde tú vayas, yo iré" (Rt 1,16) y conseguirá pan, tierra y un hijo para la vieja Noemí. ¡Por eso Ruth vale más que siete hijos para ella! ¡Qué elogio para una extranjera! De ella descienden David y Jesús.

Ester, la concubina favorita de Asuero, decide presentarse al rey, aun a riesgo de morir: "Y así, a pesar de la ley, me presentaré ante el rey; y si tengo que morir, moriré" (Est 4,15-16)

Creo que estas mujeres son figuras de muchas otras que, a lo largo de la historia del pueblo, en la hora del peligro y amenaza de la vida, no se quedaron esperando a que alguien viniera a salvarlas, hoy o mañana, ¡o quien sabe cuándo! ¡Ellas asumen, hoy, en primera persona, su papel de protagonistas! ¿Hay riesgos? ¿Puede costarles la vida? ¡Van y lo hacen! Por ser mujeres, nunca pudieron pensar en ser el Mesías, esperado como sacerdote, o rey o profeta, siempre un hombre. Nadie esperaba el protagonismo de las mujeres.

¡Ellas asumen y actúan, confiadas sólo en el Dios que mira, ve, conoce y envía! La memoria, la teología, la mili-

tancia de estas mujeres llega hasta nosotros y continúa animando la fe y la militancia de mujeres y hombres en Argentina, Brasil, Chile, en toda nuestra patria oprimida y violada, de generación en generación.

¿Qué ocurre cuándo ninguna acción nos es permitida? Si somos presas, torturadas, violadas y asesinadas. Reducidas a la impotencia total, destruidas y sin futuro, sin sueños, ¿seremos entonces vencidas?

¿Tiene el opresor la palabra final? ¿Dios fue derrotado? Nuestros hijos sin nombre, secuestrados, desaparecidos.

A lo largo de la historia, en varios momentos el pueblo de Dios pasó por situaciones así, cuando todo parecía disperso, devastado, acabado.

Un período pesado de sufrimiento y muerte fue el exilio de Babilonia. Entre los varios grupos que fueron deportados, queremos mirar de cerca sobre todo al grupo de mujeres, botín de todas las guerras. Las mujeres no eran asesinadas como los guerreros, sino tomadas como esclavas al servicio de todas las voluntades de los nuevos amos. Usadas para el trabajo y el placer y después descartadas. Estupro como violencia y como arma de guerra es parte de todas las épocas de la historia. Generar hijos bastardos para debilitar a un grupo y su identidad sigue sucediendo.

Esta era la vida de las mujeres exiliadas en Babilonia: traídas de varios lugares, en varios épocas, de fe y lenguas diversas, nada más les pertenece, ni saben qué esperar del futuro que puede terminar antes del amanecer. No tenemos los nombres de estas mujeres, necesitamos descubrirlas en textos atribuidos al profeta Isaías, en los capítulos 40 al 55. Afirmamos ser fruto de la fe y resistencia de mujeres y madres en el exilio.

Los textos están cargados de ternura, de consuelo, las imágenes y gestos son de cuidado y afecto materno.

La profundidad y libertad teológica es de quienes no aceptan la falta de futuro para sus hijos e hijas y descubren salidas.

Cuando el pasado ya no existe y el futuro es totalmente incierto, el presente está cargado de dolor y amenazas y la esperanza es solo memoria y anhelo, estas mujeres solo se tienen a sí mismas y a sus cuerpos.

Son cuerpos que cargan la vida de hijos e hijas que necesitan ser defendidos, reconocidos y tener un futuro. Si para todos son hijos bastardos, si Abraham no los quiere y Jacob no los reconoce, si la memoria del Éxodo ya no ayuda a animar la fe y el protagonismo, necesitan volver a visitar la historia, cambiar la perspectiva, encontrar fe en otras memorias, para escribir y construir otro futuro. ¡Es lo que estas mujeres y madres hicieron y nos dejaron! Ellas rescatan a otras mujeres de la historia:

Agar: mucho antes de la opresión y el sufrimiento del pueblo, a causa de Egipto, Dios vio a la esclava Agar a la vera del desierto, escuchó el llanto de Ismael, su hijo, casi muerto de hambre y de sed y le mostró un pozo. Agar recibió la promesa de descendencia incluso antes que los patriarcas Abraham y Sara. ¡Agar, mujer, esclava, expulsada de la tienda con su hijo, dará el nombre a Dios! (Gn. 16 y 21)

### La fe y la teología de las exiliadas

Las exiliadas se atreven a renombrar a Dios, a verlo como el Creador, como esposo y redentor, vengador de sangre, aquel que da a Egipto a cambio y vende pueblos para rescatar a este grupo de esclavas exiliadas. La tierra prometida se ha perdido, no tienen esperanzas de volver, entonces es toda la tierra que pertenece a Dios, el Creador. La tienda de Abraham y Sara, donde Dios había hecho la promesa de un gran pueblo y una tierra abundante, ahora necesita

ser expandida, abrir las estacas hasta los confines de la tierra, para que nadie sea excluido. De estas mujeres en el exilio nace la fe en un Dios que no puede ser ligado a raza, sangre, lugar, a observancia de leyes y ritos que ya no son posibles y que siempre serán excluyentes. Dios Creador de toda la tierra y Padre/Madre de todos precisa ser anunciado a todos, hasta los confines de la tierra y hasta las islas más lejanas.

La fe y la teología de estas mujeres nacen de sus cuerpos violados, de sus entrañas preñadas de vidas que merecen la vida, la libertad, el futuro, sin importar su origen. La reflexión se profundiza: siempre fieles a la memoria de Dios que escoge a los que otros rechazan, se reconocen a sí mismas y a sus hijos e hijas bastardos, como siervas y siervos escogidos desde el vientre, instruidos y preparados por el propio Dios.

Estas son palabras de profunda ternura y afecto: "No temas, gusano de Jacob, gente de Israel: yo te ayudo - oráculo de Yahveh - y tu redentor es el Santo de Israel." (s. 41,14)

Ellos y ellas tienen una identidad, tienen un padre, que es Dios que los reconoce y los llama por su nombre, tienen un futuro y reciben una misión. La Misión es dura, trae sufrimiento, persecución e incluso muerte. ¡Pero no derrotas!

Por la acción de sus siervos y siervas, el proyecto de Dios llegará a buen término y la justicia alcanzará a las multitudes. A los ojos de muchos parecen culpables, derrotados, aplastados por el sufrimiento, vencidos, pero en realidad fueron víctimas de criminales y perversos.

La fe y la reflexión de estas madres crece un poco más: la muerte no puede ser el fin de todo. ¡Los tiranos y perversos opresores no pueden tener la última palabra! Si aumenta el sufrimiento y la persecución, aumenta

la resistencia de quienes asumen la misión.

No se entregan, no desisten. Si la persecución llega hasta matar, estas vidas no pueden ser perdidas, ya que sería la victoria del proyecto de muerte. Todavía no tenemos la palabra resurrección, pero la intuición de que la vida de quienes practican la justicia brillará para siempre está fuerte en los corazones de estos grupos.

Esta intuición ya es certeza para una madre que, durante la revuelta macabea y la consecuente represión feroz, es llevada a ver la tortura y muerte de sus siete hijos, que son todos los hijos de esta y de todas las madres que tuvieron y tienen hijos e hijas masacrados.

El rey tirano espera que la presencia de la madre, su dolor y sus palabras hagan que los hijos acepten las leyes y costumbres impuestas para que no se conviertan en ejemplos de resistencia y desobediencia.

La madre, sin embargo, es la primera en dar ejemplo y desobedecer al rey: con sus palabras dichas en su lengua materna, desconocidas para el rey, pero entendidas por el corazón de sus hijos, los anima a resistir, a soportar el sufrimiento y la muerte, para poder reencontrarlos en el tiempo de la vida!

Ella encuentra fuerza y fe en la experiencia del embarazo: "Yo no sé cómo aparecisteis en mis entrañas, ni fui yo quien os regaló el espíritu y la vida, ni tampoco organicé yo los elementos de cada uno. Pues así el Creador del mundo, el que modeló al hombre en su nacimiento y proyectó el origen de todas las cosas, os devolverá el espíritu y la vida con misericordia, porque ahora no miráis por vosotros mismos a causa de sus leyes." (2Mac 7, 22ss)

Dios Creador, vida más fuerte que el sufrimiento y la muerte, misericordia de Dios más allá de esta vida son la fe firme de esta madre que "con razona-

miento de mujer e indignación de hombre" resiste el mayor sufrimiento para animar a sus hijos a tener piedad de ella y afrontar la muerte para que pueda reencontrarlos en el tiempo de la misericordia.

### **¡Hasta encontrarnos nuevamente en la misericordia!**

Estamos redescubriendo las palabras de María de Nazareth, en su canto: esa historia de fe, resistencia, misión, servicio que María guardó en su corazón. Jesús aprenderá de ella y será el Hijo, siervo de Dios, asesinado por el poder del templo y del palacio, ¡pero que Dios ha resucitado!

Algunas mujeres fueron testigos y fueron enviadas a anunciar a los discípulos: ¡Él está vivo y les precede!

Así la historia continúa, hasta Marta Juana González, asesinada por tiranos, es memoria viva para todos los que creemos y luchamos por la libertad y una buena vida para todos.

Memoria que fortalece a madres y abuelas que luchan y exigen saber dónde están sus hijos, sus hijas, los nietos y las nietas. Impedidas de protestar frente a los palacios, se les ordenó: "¡circulen, señoras, circulen!" y ellas continúan circulando y buscando, hasta hoy. Siempre de pie, si es necesario con un bastón, para nunca caer de rodillas, ¡nunca!

Y por cada hijo e hija, nieto y nieta encontrados, hay fiesta para todas las madres y abuelas, porque son hijos y nietos de todas, así como para Marta, cuya vida, lucha y memoria salió de los espacios de la familia, del barrio, de la comunidad y se convirtió en compañera, amiga, hermana para inspirarnos y fortalecernos, de generación en generación, ¡hasta encontrarnos nuevamente en la misericordia!

*Traducción:  
Nelda Carmen Rivas García*